



Marcela Paz
Un Mundo Incógnito

Virginia Cruzat

Veintinueve

“Lo más maravilloso fue mi matrimonio”, continúa revelando Ester a la periodista. “Teníamos gran afinidad de gustos y principios. Gozábamos con las mismas cosas. Era algo tan increíble que llegué a encontrar injusta tanta felicidad en una sola persona... Bueno, en este caso, en dos”.

Ella es inquieta, nerviosa, quiere hacer mil cosas a la vez. Él la calma, sabe dominar situaciones, imponerse por cariño. Es su admirador incondicional, insiste en que no abandone la literatura.

Así, la agenda se convierte en el “diario de vida” de un niño.

El “diario” va llenándose. Y ellos, llenándose de niños.

—¿Adónde iremos a veranear, papá?

Él los mira. Tres monigotes ¡tan “personas”! Raúl lo observa, serio. Aún no cumple cinco años. El veraneo es tema muy importante para ellos. Marcela se ha trepado a sus rodillas. Paula incursiona por el piano.

—Iremos a Concón... ¿Les gustaría tener una casa allí?

Raúl aprueba. Marcela pide una casita en Concón para la muñeca. Paula

se ha caído del piso del piano y llora. Ester trata de consolarla amorosamente. Espera un cuarto hijo.

—Tenemos que ver esa casa de una familia alemana, ¿recuerdas, José Luis? Me dijeron que era amplia, sólida, con mucho jardín... ¿No crees que podríamos vender flores, semillas?

Él ríe. Ese sentido eminentemente práctico de Ester...

—¡Miren, el mar...!

Los niños rebullen dentro del auto. Discuten quién lo vio primero.

—¿Ésa es la casita?

—¡Tonta! ¡Es un kiosko de diarios!

El camino se llena de preguntas, se alarga en revueltas, salpicándose de espumas. Y por fin... ¡Concón! La casita...

Ester y José Luis se miran, consternados.

—Es fea —sentencian los chicos, justicieros. La casa es café, cuadrada.

—Es de chocolate —aventura el papá, conciliador. Puede tener arreglo—. ¡Entremos! Quizás encontremos una pieza de helados y otra de crema...

No hay tal.

—Sin duda, los alemanes eran prácticos. No sobraron conchos —observa Ester. A la vez, estudia, calcula... Orientación: norte. Su imaginación ve cortinas, cojines, papeles alegres. Y ese panorama sin límites: mar, cielo, río... Las flores resplandecen en la atmósfera radiante. Olor a sal...

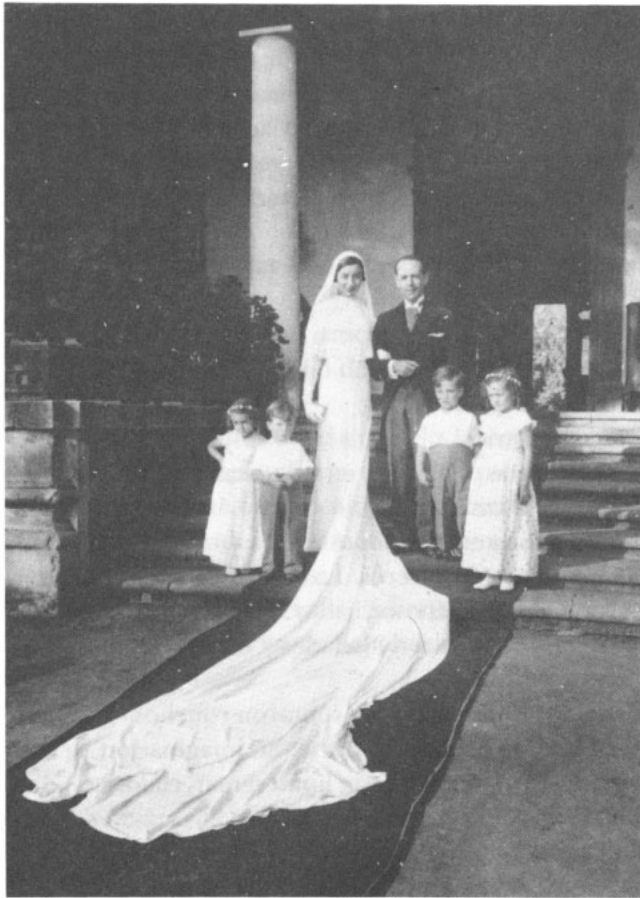
Fue un glorioso encuentro consigo mismo, uno de los veranos más felices de su vida. ¿Contratar maestros, someterse al trajín de pies irresponsables o manos ignorantes? ¿Para qué tienen las propias...? Se convierten en empapeladores, pintores, electricistas; ríen, juguetean, se burlan de sus torpezas. El único "maestro" es un jardinero que desmaleza, poda, siembra bulbos. Los niños y sus amigos tienen una misión: recoger clavos y trocitos de metal en la playa, para enterrarlos al pie de las hortensias. Así éstas crecerán color de mar...

Al atardecer, el reposo de un cansancio saludable. Fray Pedro Suberca-seaux diría que Marcela Paz ha encontrado su alma. Dos almas en una.

Como siempre, un cuaderno sobre el cajón que sirve de velador va llenándose de apuntes, observaciones, notas prácticas. Una bitácora jugosa.

La Agenda Nestlé pasó por muchas manos, manos cuidadosas que sabían disfrutar sin destrozar. Los niños dibujaron, escribieron en ella, revelando genuinas disposiciones, especialmente Marcela y Paula. Es la entretención predilecta para días en cama.

Corren los años. 1947. Un día José Luis repara en un aviso de prensa.



Matrimonio en Pirque: Ester y José Luis.
Pajes: Niños Huneeus Cox y
Cox Huneeus (1935)

—Mira, la Editorial Rapa Nui abre un concurso de cuentos infantiles. ¿No crees que Marcela Paz podría utilizar algo de esas 365 páginas para retornar a la vida activa?

—A Marcela Paz le basta con el premio gordo —responde ella, cariñosa, palpándole una barriguita que se insinúa—. Cuando esté vieja y latera, transformaré ese bodrio en dramote. Recuerda que el protagonista es hijo de padres divorciados...

—Si quieres, lo revisamos juntos... Será hijo de padres unidos.

Han transcurrido más de diez años de matrimonio, han tenido cinco hijos. Ester revive en ellos su niñez. Tienen imaginación, inventiva; actúan, cantan.

—Escribe un cuento para nosotros, mamá...

Le parece oír "Haznos un teatro, abuelita...". Y oye otra voz, más cercana: un "¡Volveré!", con voz de pilluelo... ¿Cuándo?

Ese "Diario de Vida"... Hay que limpiar, escoger. Ni nombrar el divorcio.

Les hará una película cómica, una especie de Chaplín, tierno, divertido, aberrante y encantador, un azote, en suma, pero igualmente querible, como todos los niños.

—Hazlo. A ti te gusta escribir, y es tu vocación. No me lo perdonarías si yo te encerrara en lo doméstico. Es tu manera de recorrer el mundo —dice su marido.

—Es menos mareador que el avión —afirma Ester, que se marea “hasta durmiendo”—. Y creo que en ese adefesio de “Diario” hay algo rescatable—. Y otra vez, en un chispazo, ese pilluelo de nariz respingona, mezcla de tantos rostros familiares...

—Yo te hago los monos —propuso de inmediato Yola, entusiasmada.

El camino es ancho y directo. No necesita innovar técnicas, inventar historias que no se sabe a dónde van, nutrirse de antiguas sabidurías. Papelucho nace espontáneo, fresco, del corazón a la mente. Realidad pura. Habla “como le da la gana”. Un espíritu liviano y travieso impide al chiste caer en lo ramplón.

Y un día cualquiera, después de revisar el “bodrio”, suprimir los padres divorciados, coger lápiz, cuaderno, y morderse la punta de la lengua, empieza a transcribir: “Hoy ha pasado algo terrible, muy terrible...”.

Han transcurrido trece años desde su último libro.